

Voces de esperanza y de discordia

Demetrio Boersner*



Ante los grandes retos ecológicos, económicos y políticos, los líderes mundiales reaccionan de maneras muy diversas

Durante los pasados meses, sin duda el papa Francisco ha jugado un papel internacional de extraordinaria importancia. Su encíclica sobre el cambio climático sacudió al mundo y molestó a la oligarquía financiera transnacional. Su gira por tres países sudamericanos en el mes de julio le permitió dar plena expresión a su inconformidad con un sistema económico global dominado por intereses minoritarios egoístas que sobreponen el afán de lucro a la equidad social. Expresó su apoyo a iniciativas y ensayos tendientes a una creciente democracia social con raíces en fecundas tradiciones populares, a la vez que advirtió contra ideologías de tendencia dictatorial.

En su visita a Cuba y Estados Unidos a fines de septiembre, el Papa demostró su capacidad de emocionar a multitudes tanto creyentes como incrédulas, y de combinar la prédica del Evangelio en moderna versión progresista con la disposición a reconocer las realidades existentes. Su presencia, sin duda, alentó las tendencias hacia una humanización gradual del régimen cubano, aunque se abstuvo de críticas y no se reunió con grupos disidentes. En Estados Unidos logró infundir entusiasmo y esperanzas a la centroizquierda, sin provocar reacciones abiertamente hostiles de la derecha. Fue evidente la empatía entre el Papa y el presidente Obama, unidos por anhelos de un mundo más pacífico e igualitario, sin ilusiones utópicas ni subestimación de obstáculos y adversidades.

Sin duda, en la actualidad la voz de Francisco es la más prestigiosa y escuchada en escala mundial. Es una voz que denuncia opresiones e injusticias y pregona el reino de la libertad y la justicia social. Por ello, muchos privilegiados la quisieran acallar y el Papa debe cuidarse de conspiraciones e intrigas.

LA VOZ DE CHINA: XI JINPING

El presidente de China (Xi es su apellido y Jinping su nombre de pila) viajó a Estados Unidos para hablar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y conversar con su homólogo

norteamericano, Barack Obama y otros gobernantes. Antes, el presidente Xi y el régimen chino dieron demostraciones de su creciente poderío militar, con ocasión del 70° aniversario de la victoria de China en la Segunda Guerra Mundial.

China es percibida como la ascendente rival de Estados Unidos por el predominio mundial. Esta percepción se basó en las asombrosas cifras de crecimiento económico que ese país logró a partir de las reformas estructurales iniciadas por Deng Xiaoping en 1978. China se modernizó a pasos agigantados sobre una base de liberalización económica y de abandono del principio de igualdad social prevaleciente en la época de Mao Zedong. De hecho, el país pasó del colectivismo integral a un capitalismo con regulación estatal, denominado oficialmente “socialismo de mercado”. Hubo grandes privatizaciones y un fuerte éxodo rural hacia centros urbanos, en los cuales se enriqueció una nueva burguesía que, con aliento oficial, volcó sus inversiones hacia el comercio exterior. Las exportaciones y las inversiones en el exterior se convirtieron en motores de una colosal expansión del poderío económico y estratégico de China en el mundo.

Sin embargo, en su desafío a la hegemonía norteamericana China sufre de serias desventajas estructurales. El gran avance cultural, científico, tecnológico y mercantil que logró durante la Edad Media quedó frenado a partir del siglo XVII por el efecto retardatorio de un “feudalismo burocrático” y por la supremacía económica y política que Europa, burguesa y capitalista, impuso al mundo desde esa época en adelante. Durante los pasados cuatro siglos, China ha sido uno de los países “subdesarrollados” o “periféricos” de la economía global, y el atraso resultante ha marcado profundamente a sus vastas mayorías rurales, así como a la población pobre de sus ciudades. El agudo contraste entre una enorme China rural y atrasada, y una minoritaria China moderna y dinámica, constituye un evidente obstáculo estructural al logro de una igualdad de condiciones frente a un competidor como Estados Unidos.

Además de esa realidad, que el presidente Xi pondera desde hace tiempo, en los últimos dos

años ha disminuido el ritmo de crecimiento de la economía china, al igual que de los demás países “emergentes” (como Brasil, Rusia, India y Suráfrica unidas a China en el grupo BRICS). Han caído sus ingresos por concepto de exportaciones, y ello –sumado a las consideraciones estructurales arriba esbozadas– ha llevado al partido gobernante chino a la adopción de nuevas prioridades en su estrategia de desarrollo.

Sin abandonar los esfuerzos exportadores y las inversiones globales (respaldados por un programa de armamento y fortalecimiento militar y naval), China quiere dar primacía en los próximos años a su desarrollo económico y social interno, elevando el nivel de vida y la capacidad de consumo de las mayorías populares y reduciendo las disparidades de ingreso. En ese programa se inserta una lucha, aparentemente enérgica y sostenida, contra la corrupción que en los años pasados ha cundido en el seno de la nueva oligarquía financiera, burocrática y político-militar.

Xi –como Obama– ha mostrado el deseo de establecer reglas de juego que moderen la grande e inevitable rivalidad futura entre sus respectivos países. A lo largo de su historia milenaria, China casi siempre ha tendido a preferir la negociación a la guerra, y la concertación al conflicto. La humanidad espera que en las futuras relaciones entre las dos grandes potencias prevalezcan las más nobles tradiciones de ambas.

VOCES CONFLICTIVAS: OCCIDENTE Y RUSIA

El presidente de Rusia, Vladimir Putin, ha asumido una actitud negativa ante el anhelo manifestado por su colega norteamericano, Barack Obama, de conversar *cara a cara* en la sede de la ONU acerca de las serias divergencias ruso-occidentales en torno a los conflictos de Ucrania y de Siria. Contrariamente a algunas corrientes occidentales agresivamente hostiles a la política rusa, Obama tiene conciencia de la necesidad de que todas las potencias importantes actúen de común acuerdo para derrotar al neofascismo yihadista y abrir perspectivas de desarrollo en paz para el Medio Oriente. Si el Occidente tratara de intervenir solo, sería rechazado por pueblos que recuerdan sus pasadas conductas colonialistas.

Putin, en cambio, cree que Rusia sí puede cumplir esa tarea actuando unilateralmente, en desafío al Occidente, con el apoyo de Irán y el régimen sirio de Bashar al-Asad. Es una apuesta riesgosa y conflictiva, como lo sería también un intento unilateral de occidentales agresivos.

En aras de la paz y para bien de la humanidad, deberían extremarse los esfuerzos para frenar la marcha hacia una nueva bipolaridad hostil entre Washington y Moscú.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.



Xi-Jinping.